

REACCIONES A LOS COMENTARIOS DE RODRÍGUEZ BRAUN, MONTOYA Y ESCAMILLA

PEDRO SCHWARTZ

Universidad Autónoma de Madrid

Comienzo por los comentarios más favorables a mi doctrina. Quien lea mis reflexiones introductorias y al mismo tiempo las breves notas de Rodríguez Braun podrá ver inmediatamente cómo he intentado seguir al pie de la letra sus sugerencias. Nada hay más importante que aprender de los discípulos, como yo me honro en llamarle.

La primera pregunta de Rodríguez Braun va al meollo de la cuestión: “Si esto del liberalismo es tan bueno, ¿por qué sus victorias son tan pírricas y sus derrotas tan catastróficas?” A contestar esta pregunta he dedicado mi libro. De hecho, el tono combativo, desafiante incluso, de tantas de sus páginas no es sino una manera de infundir confianza a las exiguas tropas liberales. Considero una ironía de la moda el que se tilde al liberalismo neoclásico como pensamiento único, cuando casi nadie lo piensa. En esta época de renuevo del fundamentalismo sectario, de reverdecer de la nación total, de renacer del irracionalismo anti-científico, de rebrotar de la denuncia del comercio, la finanza y el beneficio, me llena de asombro que nadie se atreva a presentar la idea liberal como una ortodoxia opresiva. Quienes denuncian un inexistente pensamiento único liberal en realidad están diciendo otra cosa. Quieren cegar las fuentes de la prosperidad nacida de la competencia, la tecnología, la urbanización, la soberanía individual, para no sufrir sus consecuencias. Es decir, quieren matar al men-

sajero capitalista, que les dice que si reniegan de la civilización occidental no pueden esperar sus beneficios; que si no están dispuestos a soportar y a minimizar con inteligencia los costes de la carrera, otros más valientes y más progresistas les dejarán atrás. Esas sociedades reaccionarias tendrán que contentarse con ser parásitas de las sociedades abiertas, casi como lo fue la URSS del mundo libre.

Una forma que tienen los escépticos ante el mercado de reducirlo y acorralarlo es hallarle defectos que no nacen de él sino de la intervención estatal. Muchas de las disfunciones atribuidas al mercado se deben a defectos del marco institucional, y son los intelectuales los que, con sus borrosos conceptos, contribuyen a revolver las aguas del análisis para ganancia de pescadores.

Un ejemplo destacado de estas confusiones es la noción de “bienes públicos”, tan traída y llevada por los intervencionistas. Servicios “públicos” no son lo que se entienden por tales en el lenguaje común, a saber, los que la mayoría de la población quiere recibir sin pagar nada, o pagando una tarifa subvencionada, porque los considera importantes. Los economistas llamamos “bienes públicos” aquellos que, una vez se producen, es indiferente cuántos usen de ellos, porque un usuario más no entorpece el consumo de los demás. Eso ocurre dentro de ciertos límites con la radio o la televisión abiertas, y con los faros como los que Smith creía que debían ser del Estado, o con la defensa nacional: un aparato receptor más no empeora el sonido o la imagen de los demás receptores, y un ciudadano más no aumenta el esfuerzo defensivo de la nación. Los bienes públicos son aquellos en los que falta incentivo para excluir a los “gorriones”, que consumen sin que nadie lo note y sin contribuir al gasto. Pero todos estos bienes tienen un elemento privado, que permite que funcionen parcial o totalmente según las reglas del libre mercado. En este caso, en vez de caer el sector en el monopolio público, tomará una estructura oligopolística, en la que todos los usuarios contribuirán a financiar al menos una parte de su gasto. Por ejemplo, si las radios y televisiones abiertas se privatizan, los oyentes las pagan soportando los anuncios; o también, si la carretera exige reparaciones o si siempre está embotellada, los automovilistas se reconcilian con el pago de un peaje. La Autoridad, en vez de encargarse directamente de la producción de los bienes más públicos, puede potenciar artificialmente su carácter privado: por eso muchos servicios públicos se explotan en concesión con carácter exclusivo, para que puedan cobrar tarifas que cubran sus costes. Otras veces la Autoridad permite la privatización de una parte del servicio: la defensa nacional en

tiempos de paz ya no se basa en la recluta pública sino en la contratación de profesionales pagados; y la seguridad policial se complementa con los servicios de empresas de seguridad. Y si los avances técnicos permiten que las compañías de televisión encripten sus mensajes y multipliquen sus programas, será posible suministrar servicio a la medida de cada uno y cobrar por ello: la televisión habrá dejado de ser un servicio público, gracias a la imposición de derechos de propiedad.

Dicho de otra forma, todos los bienes y servicios se encuentran en un continuo que va de lo privado (financiable con precios) a lo público (parcial o totalmente necesitado de financiación por impuestos). La necesidad de financiación pública se reduce en la medida en que se permite la creación de derechos de propiedad privada. Otro ejemplo: podría pensarse que las playas, por ser un bien público, tienen que ser administradas por la Autoridad, todo lo más permitiendo su explotación en régimen de concesión administrativa. Pero si las playas fueran de propiedad privada, su cuidado y explotación serían tan normales como las de las piscinas o los cines. La propiedad privada puede resolver muchos de los falsos problemas que los enemigos del libre mercado plantean innecesaria y frívolamente.

Pero, otra vez, ¿por qué tanto miedo a la libertad? Este miedo es tan pánico que me he visto llevado a buscarle raíces más hondas. En el último de mis *Ensayos liberales*, el que he titulado “El malestar en la cultura”, entablé conversación con algunos grandes pensadores del siglo pasado, Freud, Ortega, Fromm, Popper y Hayek para pedirles alguna explicación de la permanente animadversión a la sociedad abierta. Al final me incliné por las razones de Hayek. Según este darwiniano y agnóstico pensador austríaco, la sociedad capitalista no es ni natural ni racional, no está gobernada ni por nuestros genes ni por nuestra inteligencia: es un orden espontáneo emergente y a grandes rasgos benéfico (“preterintencional”, lo llama Montoya), que no casa con los instintos del ser humano, formados en largos siglos de vida tribal, ni es nunca del todo comprensible con las débiles fuerzas de nuestra razón. Lo que no se comprende ni con la sangre ni con la mente, se teme y rechaza, incluso contra la evidencia de sus resultados.

Esta resistencia temerosa, pero huérfana de argumentos empíricos, quizá explique una curiosa derivación de los críticos del liberalismo hacia cierta beatería moralizante, un nuevo socialismo blando, cuyo valor principal es la fraternidad, por encima de la igualdad y la libertad. Los socialistas han perdido la confianza en la planificación del progreso. Tampoco creen ya posible ni conve-

niente imponer una igualdad de resultados, todo lo más una igualdad de oportunidades, de la que tendré ocasión de hablar y que de hecho aumenta la desigualdad al primar la ayuda a personas con mayor inteligencia y voluntad de trabajo. Los socialistas de hoy dejan que el mercado opere corrigiendo algunos de sus defectos de funcionamiento. Todo su afán se centra hoy en la defensa del “Estado de Bienestar”, encarnación de su valor supremo, la fraternidad. La libertad queda reducida a la ausencia de toda regla en la vida personal (excepto las del Código Penal) en lo que supone de goce y sensaciones, y a la adhesión cívica a crecientes interferencias de la comunidad en las decisiones de trabajo, producción y creación.

Tiene razón Escamilla al decir que “entre liberales y socialistas no existe sólo una discrepancia de medios a utilizar, existe también y fundamentalmente una diferencia en los fines a alcanzar”. Esa diferencia nace de algo tan esencial como que para un liberal la sociedad “no tiene fines sustantivos a conseguir por ella misma”. De hecho, la sociedad no tiene sustancia, no es sino una resultante de las interacciones de los individuos. Sólo los hombres tienen fines. Por eso, “como el colectivo no puede hablar, pues no tiene entidad propia sino derivada... algún individuo finalmente impondrá sus propios ideales a todos los demás”. Estas atinadas reflexiones nos obligan a volver la mirada hacia los mecanismos de toma de decisión en las sociedades democráticas y el conflicto entre liberalismo y democracia, que es algo que falta en mi libro y que habré de tratar en algún escrito posterior.

Ha sido Anthony de Jasay, en el libro de ese mismo nombre publicado en 1985, el que nos ha dado una historia natural del *Estado*. La pregunta fundamental que se plantea es “¿Qué haría usted si fuera el Estado y quisiera crecer?” El libro va contando todos los trucos: primero, la creación de un Estado capitalista y limitado a la defensa de la propiedad; luego, un Estado democrático que disfraza su soberanía casi irrestricta bajo un manto de delegación de la voluntad de los ciudadanos; luego, un Estado benefactor que decreta el bienestar por el bien de sus súbditos; a continuación un Estado redistributivo que impone su visión de la justicia entre sus criaturas; por fin, un Estado paralítico que extrae rentas de sus esclavos. El cuento filosófico de Jasay podrá parecernos una historia de horror gótico, pero, cualquiera que sea la respuesta, siembra la duda de si el Estado no es una institución benigna, sino el monstruo del Dr. Frankenstein, que al final controla a su creador. George Stigler presentaba como único motivo de esperanza para quienes aman la libertad individual el que los

avances tecnológicos subvierten los monopolios tanto políticos como económicos (como está ocurriendo en las telecomunicaciones).

Quizá haya pecado yo de ingenuidad y debería haber propuesto barreras más firmes alrededor del Estado, esa organización corporativa que decimos haber creado para defendernos de las invasiones de vecinos y enemigos exteriores. Quizá no baste con establecer límites constitucionales en defensa del libre mercado económico, cuyo libre funcionamiento es una de las garantías más sólidas contra la extralimitación de quienes detentan el poder político. Vuelvo a pedir indulgencia y a prometer un estudio más a fondo de las relaciones entre liberalismo y democracia.